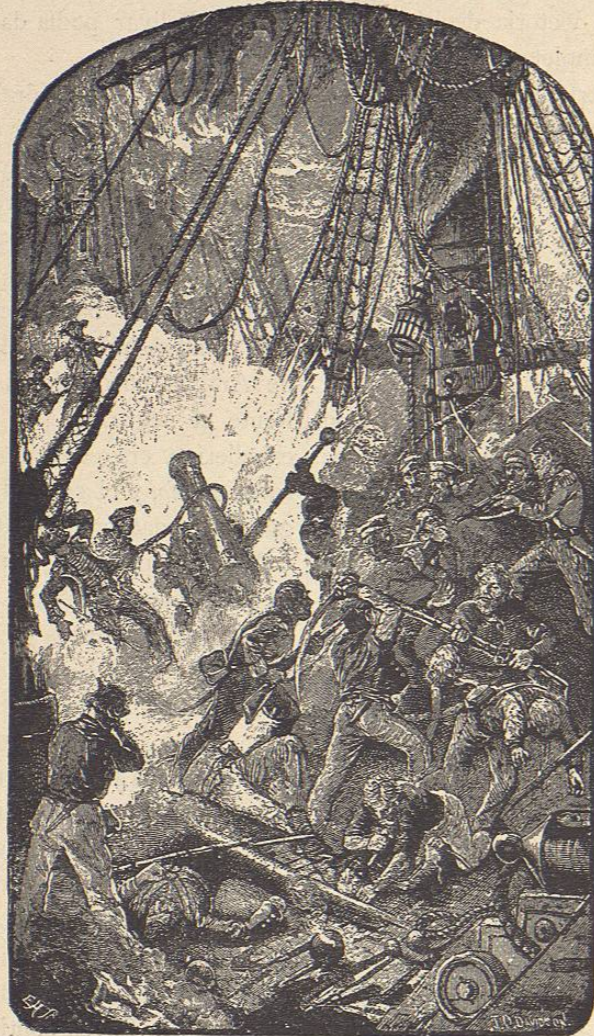


berlo y dió fin á la victoria tan costosamente pagada.

Rivas se dirigió con poquísima gente á Maturín por donde andaba Cagigal, con quien no querían en modo alguno unirse los llaneros que reconocieron por su jefe á Morales, quien, empero, supo llevarlos á Maturín, pueblo defendido por su frente y costa-

dos por lagunas infranqueables, teniendo los pasos protegidos por fuertes atrincheramientos armados con diez y ocho cañones, y su espalda por una alta montaña inaccesible. Por aquí resolvió dar el ataque Morales, juzgando del efecto que haría en los sitiados, verse cogido por la espalda. Y en efecto, no se equivocó. Abandonaron los sitiados sus trinche-



Combate del 16 de Mayo

ras á los que se preparaban precisamente á atacar de frente llegado el momento favorable, para acudir á la defensa de su espalda, y desde este momento, el asalto ya no fué mas que una espantosa carnicería, pues los llaneros no respetaron á nada ni á nadie. Todo cayó bajo sus machetes, grandes y pequeños, hombres y mujeres. Su salvaje furor se cebó en todo, y sólo se dejó de matar al faltar enemigos. Los horrores de Maturín cubren con un negro velo los esplendentes triunfos de las armas leales en Venezuela durante el año 1814.

Si Venezuela, si Caracas, la ciudad rebelde por

excelencia, como se decía en España, había sido sometida, reconquistada, al terminar el año 1814, no quedaba menos apurada Buenos-Aires, la segunda de las ciudades americanas en la resistencia al errar un año que parecía pronosticar el restablecimiento de la paz en la metrópoli y en sus provincias.

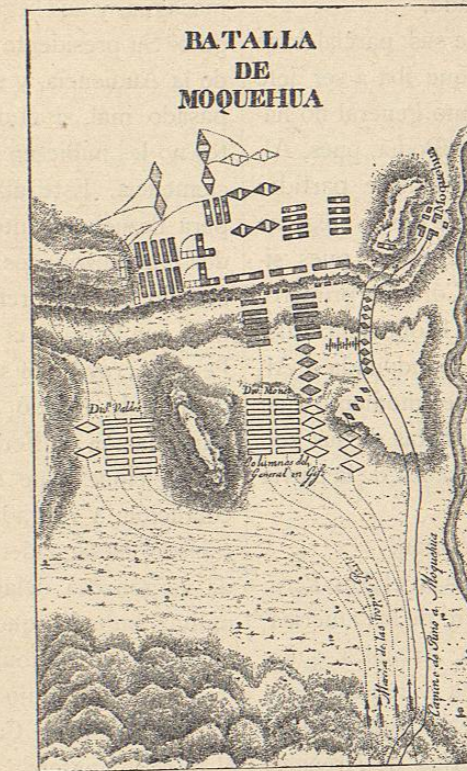
Grande fué la agitación que se sintió por todo el Plata después de la batalla de Ayohuma, pues no había quien no viera ya bajar del alto Perú al valeroso Pezuela, y como sucede en estos casos, todo fué pedirle al poder ejecutivo la responsabilidad de

una derrota que sólo podía y debía ser de sus generales. Pero también es sabido que no hay general capaz de reconocerse vencido por sus faltas ó mala estrella, y que los generales vencidos suelen todos culpar á los gobiernos. Así sucedió en la Plata, en donde se llegó á proclamar como indispensable la dictadura, á fin, decíase, de que fuera más expedita la acción del poder ejecutivo. Pero como en el seno de la Asamblea de Buenos-Aires existiera un partido opuesto á esta dictadura, se transigió la ante-

rior, nombrándose, el día 31 de Diciembre de 1813, á Posadas dictador, dándole un Consejo dictatorial compuesto de siete individuos, si bien este cuerpo era meramente consultivo.

Que era necesario reconcentrar la autoridad en la República Argentina, lo indica lo que sucede tan pronto se sabe en la banda oriental lo que se ha hecho en Buenos-Aires.

Montevideo continuaba vigorosamente bloqueada mejor que no sitiada, por Artigas y Rondeau. Arti-



gas, al ver á Posadas de dictador, dió libre rienda á su enojo, y procuró hacer cuanto estaba á sus alcances para impedir que en la banda oriental se hiciesen elecciones para el nuevo congreso de Buenos-Aires. No pudo impedirlo y desde aquel momento fué ya algo más que un general insurrecto, por cuanto abandonó su puesto en el sitio, dejando á Rondeau fuertemente comprometido, pues este jefe no se salvó, sino gracias á la gran parsimonia de Vigodet, que no supo aprovecharse de la desertión de Artigas. Posadas obró como debía declarando traidor á Artigas, exonerándole de todos sus empleos y honores, pues llegó hasta poner precio á la cabeza del hombre más querido de los gauchos, y éstos, que podían darle en las inmensas pampas que dominaban asilo seguro, podían también darle valeroso y numerosísimo ejército. La guerra civil, pues, iba á principiar en el momento mismo en que

Buenos-Aires completaba su revolución con la conquista de Montevideo.

Decidió la capitulación de Vigodet, la derrota de la escuadra española, ocurrida el 16 de Mayo. Había el inglés Brown organizado en Buenos-Aires la flota de la revolución, con la que sorprendió á la nuestra, y como por el mar se abastecía Montevideo, Vigodet, al verse sin el mar, se consideró perdido. Sin embargo, Vigodet tenía á su lado cinco mil hombres, de buenas tropas, con las que se hubiera podido abrir paso al Alto Perú ó al Brasil, pero la consideración de los grandes intereses que en su fuga quedarían comprometidos, pudo más en su ánimo que su honor militar, y capituló, dando con esto un día de gloria á sus enemigos.

Este fácil triunfo de Alvear, que había reemplazado á Rondeau, quien se había dirigido al Tucumán, causó tan grande entusiasmo en Buenos-

Aires, que se declaró á Alvear hijo predilecto de la victoria, y en esta persuasión, se le mandó algunos meses después también al Tucumán, convencidos de que Alvear podría allí más que Rondeau. Este nombramiento, debido á sus parciales, dispuso ya en su contra á los que veían la imposición de un jefe militar, pero estos estaban dominados, y menos aún pudieron impedir el escándalo que dió destituyendo á Posadas, á quien reemplazó Alvear, cuando éste, después de no haberle querido admitir como general los soldados de Rondeau, se retiró á Buenos-Aires corrido y avergonzado.

Cuán impolítico era el paso de sus parciales, se comprende con solo considerar que iba á ser jefe del Estado el hombre á quien como general no habían querido recibir sus soldados. ¿Podía, pues, Alvear ser otra cosa más que un general de partido? No debe, por tanto, extrañarnos que desde luégo se tocaran las consecuencias de este paso, pues siguiendo el ejemplo de Artigas, Córdoba primero, Santa Fe después, se sustrajeron á la obediencia del gobierno de la capital que quedó abandonada á Alvear, quien tuvo ya desde el primer momento que sostener su autoridad con las bayonetas de sus soldados ó parciales, pasando de esperanza de la patria á su tirano.

¿Qué ocurría en tanto en el Tucumán?

La guerra había quedado reducida en el Alto Perú, á una guerra de guerrillas. De parte de los americanos nació un verdadero guerrillero, Arenales, quien ora vencido, ora vencedor, postraba y rendía á sus enemigos por el cansancio. Pezuela contaba poca gente para poder impedir las correrías de Arenales y de otros jefes que con sus triunfos relativos reanimaban la insurrección; Pezuela debía á la vez vigilar á Belgrano, quien en recónditas regiones reanimaba á su gente; Pezuela debía, en fin, no solo estar dispuesto para recibir los refuerzos que los argentinos enviaban á Belgrano, sino á recibir á sus hermanos encerrados en Montevideo, pues Pezuela no dudaba ni un momento de que Vigodet, cuando hubiese perdido toda esperanza, se abriría paso para el Alto Perú: por esto Pezuela llevó su cuartel general á Jujui. ¡Júzguese, pues, de su dolor y de su sorpresa al saber que con Montevideo se habían rendido Vigodet y toda su gente!

La noticia de la rendición de Montevideo produjo un trastorno considerable en el Alto Perú. Pezuela vió entonces claro cuán comprometido estaba en Jujui, por donde se había metido llevado de su compañerismo, para tender cuanto antes la mano á Vigodet. Imponíasele la retirada á Suipacha, pero

esta retirada envolvía tremendos peligros para su ejército. La deserción estaba ya á la orden del día, y, sin embargo, Pezuela debía retrogradar á Suipacha cuanto antes mejor, porque por doquiera se sentían los síntomas de un levantamiento general del país.

Estalló ese temido movimiento en el Cuzco, hasta aquí tan pacífico el día 3 de Agosto, por haber quedado desguarnecido de tropas que Abascal se había visto obligado á enviar las que guarnecían esa provincia á Chile. Fué su jefe el brigadier indio Pumacagua, y sus segundos fueron los hermanos Angulo. Su presidente el brigadier Concha, el regente de la Audiencia, y otros muchos leales lo hubieran pasado mal, si el obispo y otras personas influyentes no les hubiesen abrigado con los mantos de su clemencia. Este alzamiento era tanto más grave para Pezuela, cuanto que la mayoría de sus soldados eran cuzqueños. En esta apurada situación, y cuando por todo refuerzo recibió ciento veinte hombres que le trajo el coronel de Talavera, González, Pezuela creyó que su salvación estaba en un armisticio, y lo brindó á Rondeau, á quien notificó la reinstalación de Fernando VII. Aceptó Rondeau las proposiciones que se le hacían, pero fijando por condición la retirada de Pezuela y de su gente detrás del Desaguadero, lo que equivalía á una retirada vergonzosa delante del enemigo, que el honor militar impedía que pudiera aceptar Pezuela. En medio de estas tribulaciones vivía Pezuela cuando la traición se introdujo en sus filas.

Fué el coronel Castro quien se propuso entregar el ejército entero á los buenos-aiereños, pero los cuzqueños se mantuvieron fieles, y todo el arrojó y osadía de Castro no sirvieron mas que para llevarle al patíbulo. Dominada esta conspiración, Pezuela hubo de disponerse á hacer frente á Rondeau, quien, avisado del movimiento de los cuzqueños, avanzaba para darles la mano.

Contra el Cuzco envió Pezuela á Ramírez quedando él vigilando á Rondeau, pero aun cuando Ramírez consiguió importantes ventajas, la situación no mejoró. Antes al contrario, acabó por hacerla insostenible la toma de Arequipa por Pumacagua y Angulo, en donde cayó prisionero suyo Picoaga, que había ido allí para organizar su defensa y el socorro que debía darse á Pezuela á quien se consideraba perdido.

Quedó con esta caída de Arequipa en manos de la revolución, cortado Pezuela de Lima, á la vez que Lima quedó cortada por tierra de Chile, de suerte que la alarma era ahora tan grande en Lima

como en Suipacha, ó mayor aún, pues Abascal no tenía de quien echar mano para defender la capital del Perú, y sólo el temor de que los negros entrasen por la ciudad sedientos de sangre y de venganzas, hizo que el virey pudiera ponerse á cubierto de un golpe de mano, pues los limeños proveyeron á su seguridad organizando una pequeña división que fué á situarse en Ica á las órdenes del teniente coronel Alvarado, pero de nada hubieran servido estas precauciones sin los triunfos de Ramírez en el Cuzco, y sin la heroica obstinación de Pezuela en no moverse del centro del país á pesar de estar rodeado de enemigos.

No consta que Pezuela estuviese enterado de los motivos que retenían á Rondeau encadenado á su campo por la presencia de Alvear, por esto cabe hablar de su heroísmo, pues desafió el más grande peligro al cubrir las espaldas de Ramírez. Pezuela tal vez hubiese podido contener á Rondeau si éste á tiempo quedara libre, pero Rondeau estaba amenazado en su puesto por Alvear. Alvear nombrado presidente ó dictador era un enemigo para Rondeau, todo esto producía un estado de cosas que retenía á Rondeau lejos del teatro de la guerra; estado de cosas que aprovechó el afortunado Ramírez derrotando á Pínela y Muñecos en los altos de la Paz, y recuperando luégo á Arequipa que no se atrevió á defender la revolución. Y como con estos triunfos llegaron nuevas de España que anunciaban la salida del general Morillo con una fuerte expedición para Venezuela, y el triunfo completo de Osorio en Chile, en donde quedó restablecida la autoridad de España, los abatidos ánimos recobraron su ardor primero, y en medio de tantos peligros nadie dudaba ahora del triunfo definitivo de España.

Hemos dejado á Bolívar refugiado en Nueva-Granada, en situación muy desgraciada para el jefe venezolano, pero ahora hemos de contar las desdichas de dicho país por el mismo tiempo.

Triunfante Nariño en los campos de Palace como hemos dicho, intimó á Asin que depusiera las armas si no quería sufrir la suerte de Sámano, pero Asin rechazó las ofertas y las amenazas, y todos juntos se fueron para la hacienda de Calibio, en donde era de esperar ocurriera un choque serio si no decisivo. Serio fué, en efecto, el combate. Perdió en él Asin la vida, y su cuerpo de ejército quedó completamente deshecho, pero Montes no se abatió por tantas desgracias, y como Aimerich tenía ganas de reparar los descalabros de Palace y Calibio, le mandó de nuevo al frente del enemigo, mientras Sámano iba á reorganizarse en Quito.

Fortificóse Aimerich á orillas del Juanambú, pero Nariño que había aprendido lo que es la celebridad en el arte militar, se arrojó sobre Aimerich cuando éste aun le suponía lejos, y si no pudo vencerle, logró hacer que abandonara su puesto y se retirara á Cebollas, de donde también le sacó, y si no le arrojó de Lagartijas fué porque un fuerte temporal de lluvia y granizo separó á los dos combatientes, temporal que sirvió para que Aimerich se retirase á Pasto, pasando la misma noche á situarse en el pueblo de Yacuanquer á cuatro leguas de dicha ciudad, en la que no quedaron mas que unos destacamentos para observar á Nariño.

Presentóse éste lleno de confianza delante de Pasto, seguro que no tendría que combatir para ocupar la ciudad, pero los pastusos no querían verse en manos de los de Nariño, y en esto estaban todos tan decididos, que cuando los destacamentos que Aimerich había dejado en la ciudad trataron de salir, las mujeres puñal en mano hicieron que dieran sus caras al enemigo. Este ardor se comunicó á todo el mundo, y Nariño no tuvo más remedio que ordenar el asalto de Pasto.

Terribles fueron el ataque y la defensa, pero avisado Aimerich de lo que pasaba, acudió volando en socorro de los de Pasto, á tiempo de que estos en una carga arrollaban á los de Nariño haciendo á éste prisionero. Difundida tal nueva por todos lados, unos la dieron en escapar y otros en perseguir, viniendo de esta suerte á morir en Pasto, en flor, la gloria de Nariño y de su ejército.

Nariño no podía hacerse ilusiones sobre su suerte. Su carrera había terminado en Pasto el día 11 de Mayo, pero hábil y ducho en la política, logró por de pronto salvar su cabeza, proponiendo á Montes un arreglo amistoso que pacificara el país. Pero á los de Bogotá no interesaba tanto como á Nariño, su cabeza, y con sus pretensiones hicieron imposible toda avenencia, de modo que Montes tuvo de nuevo que disponerse á la guerra, con la seguridad cierta de alcanzar por la fuerza lo que no podía obtener con la persuasión. Pero Montes, siempre humanitario, guardó en su poder á Nariño para que decidiera de su persona la metrópoli.

Sin las discordias que ahora estallaron en nuestras filas, por el ensoberbecimiento de los pastusos que se consideraban no sin razón como los vencedores, y su odio contra Aimerich que había querido abandonarles á los de Nariño, hubiera podido Montes continuar con actividad la campaña, pero Aimerich tuvo que salir poco menos que confinado á su gobierno de Cuenca, solución final que tardó no